

Una cama compartida

Antonio Skármeta

Los días se amontonaban en New York y no había triunfado. Un retorno a Chile en esas condiciones me parecía una bajada de telón para mi vida. Mi único capital consistía en el boleto de vuelta de la Panagra, donado por mi empresa, que esperaba irónico mi decisión sobre el velador. Por lo demás, ¿qué había hecho para triunfar? Mero-dear los teatros de Broadway para colarme en el intermedio tras haber recogido de la basura el día anterior el respectivo programa y acreditarme así como un cliente que ha pagado su entrada.

Así me había visto las segundas partes de unas quince comedias musicales. Por cierto que no entendía el argumento, pero daba lo mismo porque pasara lo que pasara en el primer acto todas terminaban igual: con la muchacha en los brazos del chico y unos cincuenta bailarines en trajes destellantes levantando la pierna. ¿Cómo me imaginaba el triunfo? Como el de cualquiera de esos héroes arriba del escenario. El camino hasta esa cumbre era más bien largo, pues terminada la función tenía que volver pie a casa sin plata siquiera para el Metro.

Lo que arriba ha llamado "casa" era una pieza agujereada que daba al traspacio donde el vidrio roto de la ventana había sido reemplazado sin arte por un saco harinero. Una tarde de otoño en que hice una pausa de mi siesta para estrujar un café en la cocina, al volver a mi cama encontré a un tipo acostado en ella. Disfrutaba la tibieza que había dejado, y se arrellenaba muellemente en la buena frazada que recibí como herencia de mi amigo economista.

Lo sacudí del hombro.

-¡Oiga, esta cama es mía!

-¿Suya? -pregunto como si oyera algo insólito.

-Sí. Y también la pieza es mía. Y la casa es mía.

-¿Tiene como probarlo?

Quedé estupefacto. ¿Cómo podía mostrar algo que acreditara mi calidad de legítimo habitante de ese lugar? El vago advirtió mi confusión y dobló espacioso los brazos bajo la nuca.

-Aquí en New York hay muchos que se hacen los chicos listos. ¿Qué idioma habla usted?

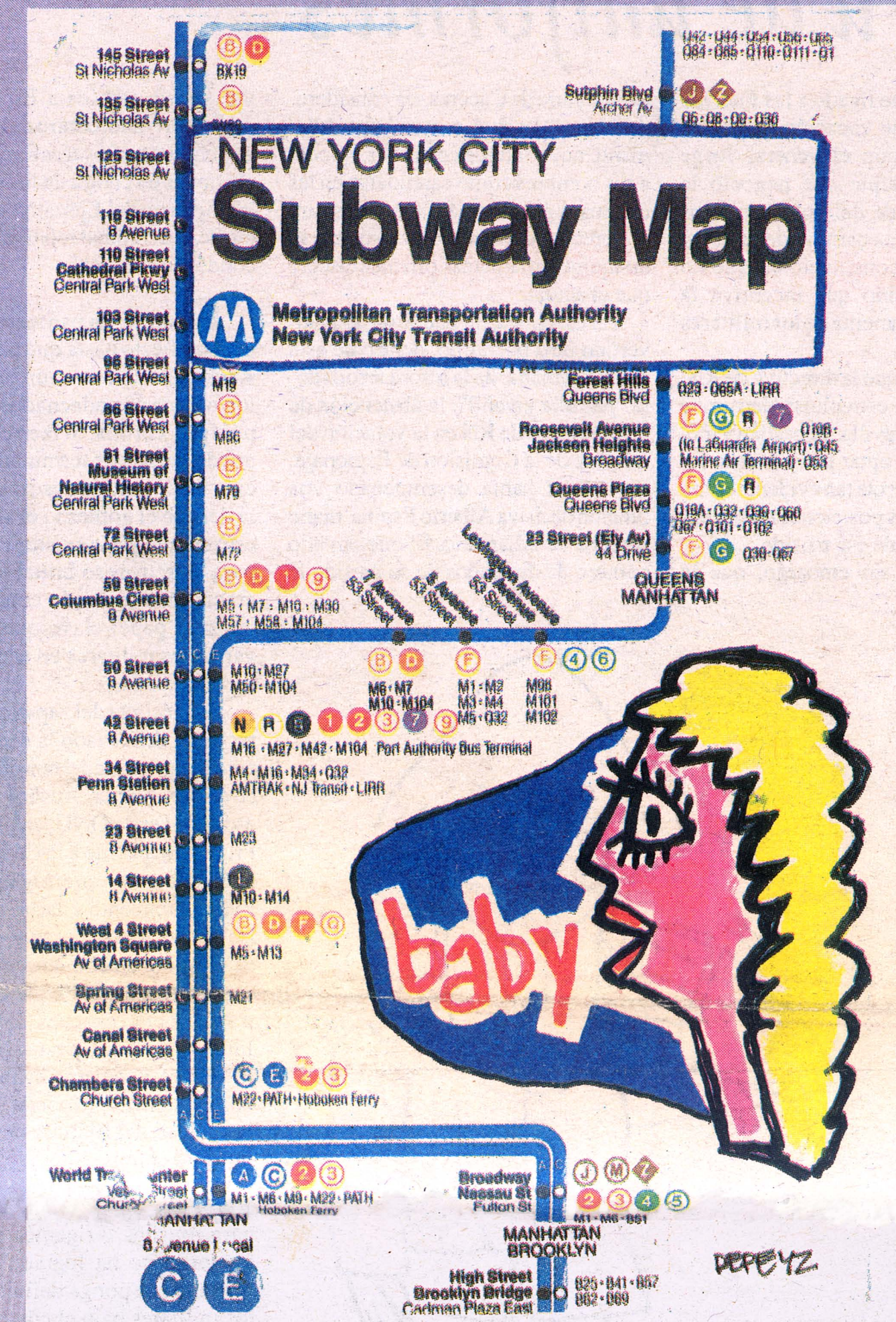
-Inglés.

-Pero lo habla con un acento cómico.

-Soy chileno.

-Y yo soy norteamericano. Si me permite que le diga una cosa, esta casa, esta pieza, y esta cama son más mías que tuyas porque yo nací en este país.

"Tienes 17 años y pesas 75 kilos. Has transportado paquetes de hasta 50 kilos en tus brazos sin transpirar ni una gota".



Alentado por estas estadísticas, me agarré al intruso, lo alcé cual si fuese un volantín y lo estrellé contra la pared. Luego le apreté el cuello y me lo llevé a la rastra hasta la puerta de entrada. Allí, inspirado por el recuerdo de un film de gangsters con Robert Mitchum, le machuqué una vez más su frente encima de la madera. Levantándolo de las mechas, hice que leyera mi nombre pegado junto al timbre.

-“Antonio no sé qué crestas” -rugió, tratando de liberarse de mi tenaza.

-¡Ese soy yo!; Y esta es mi casa!

-Bueno, no es para enojarse.

Viéndolo sumiso, le solté el cuello. Se acarició la parte magullada, se tocó el precoz chichón sobre la frente, y me extendió la mano.

-Mi nombre es James O’Flannery,

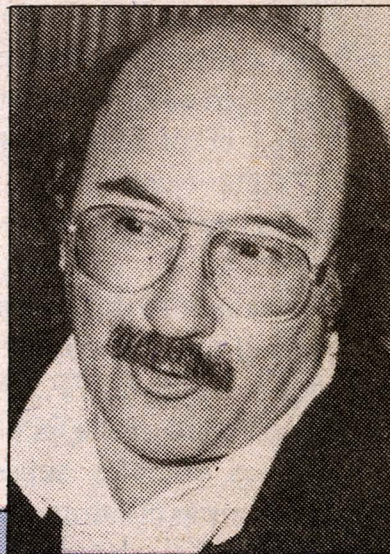
Antonio ¡no-sé-qué-crestas!

No hay mejor enemigo que enemigo derrotado. Tomé su mano y se la estreché. Instantáneamente me aparté de un salto. En su mano había un objeto de metal. El hombre apretó un botón y saltó filuda y destellante la navaja. Luego miró con codicia mi hígado. Me mantuve alerta para echar a correr en caso de que atacara. Pero el tipo se limitó a mirarme con desprecio. Hundió su navaja en el papel que decía mi nombre y lo rajó en dos. Con una mitad clavada en la punta, la agitó en señal de despedida.

-Así como descuarticé tu nombre, voy a descuartizarte una noche de estas la garganta. Es cosa no más de entrar por la ventana.

Dobló la navaja con parsimonia. Se

Antonio Skármeta (1940). Narrador, cineasta y dramaturgo. Entre sus libros de cuentos se destacan *El entusiasmo*, *Desnudo en el tejado*, *El ciclista del San Cristóbal*, *Tiro libre*, y *Novios y solitarios*. Sus novelas son: *Soné que la nieve ardía*, *Nopasónada*, *La insurrección*, *Ardiente paciencia* y *Match ball*.



alejó hacia la calle 14 y vi que rengueaba un poco y que tenía un enorme parche azul en la espalda de su paletó negro. No se dio vuelta a mirarme y yo no volví a entrar a mi pieza siendo la misma persona. El café aún estaba tibio. Me senté al borde de la cama y al beberlo sentí la brisa fría que se colaba por el saco harinero de la ventana.

Estuve cerca de una hora analizando las manchas en la pared y frotándome las manos. Del cajón del velador saqué el pasaje aéreo y un papel donde había resumido las direcciones de todos los que había conocido en New York hasta el momento. Allí destacaba con luces propias el nombre de Helen, una muchacha que trabajaba en la guardiaropía de un club de jazz, con unas piernas largas como obeliscos y una manera de decir la palabra “baby” que hacía que uno se descremara sin más trámite.

La llamé por teléfono, le conté mi drama, me dijo “ven que acá encontraremos una solución” y yo llené mi maleta con las camisas sucias, El cazador oculto la novela de Salinger, la contundente frazada chilota, y mi cepillo de dientes.

Iniciaría una nueva vida junto a Helen. No era una estrella de Broadway, pero tenía su mesada semanal y los dólares extras de las propinas. Toqué el timbre más pálido y acongojado de lo que realmente estaba. Me abrió con una sonrisa deslumbrante y un beso turbulento en mi mejilla adscrito a un texto inolvidable: ¡Qué bueno verte otra vez “baby”! Al cual adjuntó otro feroz señalándome a un buenmozo con jopo a la Presley que descargaba una naranja tendido en su cama: “Mi novio”. Verde de vergüenza traté de disimular la valija que tenía en la mano. Alcancé a decir con un hilito de voz: “Venía a despedirme. Voy camino al aeropuerto para volver a Chile”.

Este cuento se publica por gentileza de la revista TNT News.